

El cuento de hadas jamás contado

Caperucita se come al lobo

PILAR QUINTANA

Literatura Random House, Bogotá,
2020, 100 pp.

LA PRIMERA idea que se nos vende en el ruido mediático hecho alrededor de la reedición de *Caperucita se come al lobo*, libro de cuentos de Pilar Quintana (1972, Cali) —publicado originalmente en 2012 por la editorial chilena Cuneta y ahora devuelto a la luz en Colombia por Penguin Random House con un agregado de dos cuentos—, es la idea del erotismo y la violencia como apuestas que, en su momento, le valieron la censura del Ministerio de Educación de Chile: aquella primera edición del libro había sido comprada para las escuelas públicas chilenas para ser retirada por el mismo estamento que antes las avalara. Palabras más palabras menos, se trataba de una suma de cuentos con escenas de sexo puestas ahí sin el atavismo de la mesura y cargadas de ese lenguaje explícito propio de quien llama las cosas por su nombre. Lo que algunos llamaban erotismo era más bien el poner en situación escenas sin filtro, polvos agresivos cuyas palabras directas reivindican de paso un discurso más cercano a una crítica descarnada sobre los ejercicios de poder que a las escenas de alcoba como cosa lata, aunque no por ello menos efectistas. Estos cuentos querían desde luego levantar ampolla. *Caperucita se come al lobo* se trataba más bien de una suma de relatos llamados a hablar de la mujer y su cuerpo como territorio, lejos del eufemismo clerical o la norma y el estereotipo. Aquí la mujer toma la iniciativa o se revela, deconstruye el cuento de hadas y pone en evidencia a una sociedad pacata, construida desde el patriarcado y la corrección política; en algunos trechos se presenta como objeto de deseo, puesto en escena al trasluz de un paisaje de pesadilla, o es llevada por un río sin nombre en esa huida circular que significa revictimizarse mil veces en medio del abandono estatal o la manigua del trópico colombiano.

Trazados desde el deseo y la memoria, estos cuentos se componen principalmente de búsquedas cuya

altisonancia erótica es solo parte del paisaje problemático, acaso del libre albedrío como crítica a la moralidad y a los imaginarios masculinos de la mujer como receptora de esa animalidad. Aunados a esa pulsión, aparecen cuadros de costumbres en los que la distancia entre el bien y el mal se pierde gracias a una narrativa escrita sin sordina, esto para llegar a temas como la violencia intrafamiliar, la violación, la explotación sexual, incluso la propia condición humana desde su naturaleza salvaje y con la que Quintana explora caminos distintos a los que esta clase de temas nos suele llevar en procura de moralejas. Más bien se ponen sobre la mesa las cuestiones más vitales y con ellas el asco, la vulgaridad y la lujuria procaz son temas dominantes en un recorrido que quiere sobreponerse a los lugares comunes. Abre el libro el cuento “Olor”, relato de una mujer que es invitada a un encuentro de escritores, mientras nos pone al tanto de la fauna literaria y la vida común a estos festivales. Entre conversatorios, salidas a comer y beber, amoríos fugaces y firmas de libros, aparece la figura del brasileño Rubem Fonseca (aquí un guiño a uno de los autores que parecen haber inspirado a Quintana en su estilo, o eso suponemos por aquello del binomio sexo/crimen), y junto a estas correrías entre estantes de libros aparece también la figura de un español, autor de ensayos a quien siempre acompaña un olor desagradable. Así y todo, de esa sensación molesta el relato no tarda en llevarnos a una escena para adultos. El cuento se ha resuelto y cada quien se retira a lo suyo.

El cuento que le sigue, “El hueco”, retrata la vida de un hombre adinerado, de baja estatura y robusto, cuyas rutinas sexuales incluyen la tortura. Alrededor suyo, pesebreras, caballos, aviones y lujos, además de una guacamaya con la que se encuentran un día sus invitados principales: su piloto y una mujer a la que tenía allí para calmar como de costumbre sus apetitos sexuales. Interesa sobre todo encontrar desenlaces con los que no contábamos según el rigor de la lógica de esta clase de lecturas. Al final, estamos ante el fresco de una mujer desangrándose junto al que horas antes había sido su amante.

A ratos la recuperaba y siempre percibía a Mariángela junto a mí. Pero todas las imágenes son borrosas y de pesadilla. Creo que vi las cuencas de sus ojos vacías. Sus ojos en las manos de Víctor. La guacamaya montada en el hombro de Víctor. Los párpados cosidos. (p. 31)

De cara a la sexualidad como lugar de poder y tocando temas como la pederastia, aparece el cuento “Violación”. Aquí, más allá de aquel hombre que siempre vio a su hijastra de forma obscura hasta acercarse a ella para hacer de las suyas, aparece la reacción de la niña, el reconocimiento o no del amor o del consentimiento y un final que lleva esta conversación a esferas en las que prima lo literario.

El cuento que da nombre al libro, “Caperucita se come al lobo”, recuerda un poco esos ejercicios literarios en los que al cuento original debía cambiársele su sentido, sus protagonistas, sus roles, acaso llevarlos a otra escenografía. Aquí, Caperucita es una chica de clase media de una ciudad colombiana, que suele coquetear con un hombre mayor y musculoso. Su nombre: Wilson. Viven en un lugar llamado El Bosque y cada que ella va por la calle él la acecha en su Dodge Dart, “la mano, cerrada sobre la palanca de cambios, era poderosa y nervuda. La barba, dura. La boca, gorda” (p. 45). Su madre, su abuela, su entorno, son parte de un sainete de televisión y ya sabrá el lector a dónde lo llevará aquella chica taimada que, al encontrarse con su pretendiente a quien llaman “el lobo”, protagonizará otra escenita porno. La abuela, condescendiente, estaba en la ducha el día en que usaron su casa de motel. Al parecer todo estaba planeado.

Otras cosas pasan en cuentos como “Amiguísimos”, jóvenes que van por la vida entre fiestas y salidas en grupo a seguirse devorando el mundo, amigos rivalizando por sus conquistas ocasionales, bares, un lounge, música del grupo de rock REM, “Losing My Religion”, y sexo. “Una última oportunidad”, sexto cuento del libro, nos pone frente a una pareja de esposos y, sobre todo, frente a una mujer policía a quien su marido confronta preguntándole por una infidelidad. El resultado: moretones, sangre y una mujer que re-

CUENTO		RESEÑAS
<p>suelve tomar sus cosas e irse. El lugar: una cabaña a la vera del río y luego un pueblito en donde ella buscará algo de ayuda. La ironía confluye al final y todo parece recomenzar. He aquí donde yace buena parte de la fuerza de estos cuentos. Queda a ratos un vacío por llenar y nuevas certezas sobre lo que significa sobrevivir:</p> <p>Volví en la última lancha. Donaldo llevó mi maletín hasta la cabaña, me besó y me puso delante unas copas. Había preparado unos cocteles con maracuyá. Siempre que vuelvo de viaje me pregunta si le sigo siendo fiel. Esta vez le dije que sí. (p. 72)</p> <p>A estos seis cuentos publicados en la edición de 2012 se les suman ahora “El estigma de Yosef” y “Hasta el infinito”, textos de diferente factura que, como se verá, se revisten de un tono un poco alejado de los otros relatos del libro. Tras esa violencia sintomática del eros y tánatos signados por lo fálico y la biología de esos primeros cuentos, aparecen ahora apuestas más experimentales como el juego metaficcional (metahistórico para los creyentes) que supone la Natividad de Jesús, aquí traspuesta con algo de sincretismo a nuestro tiempo; así como el flujo de conciencia de una difunta que, atravesada por el recuerdo y la ficción como disyuntivas, emprende su camino de regreso para recoger los trozos de su pasado.</p> <p>Aunque lo que sigue pueda sonar a spoiler, los temas de estos dos cuentos se resumen así: el primero supone la reconstrucción cómica y algo demencial del nacimiento de Jesús en medio de armas, bombardeos y división política. Dos hijos de vecino que esperan a un hijo concebido por obra y gracia de quién sabe quién y al que su padre putativo, estéril, de paso, aguarda con malos ojos presumiendo no un advenimiento celestial sino una repetida infidelidad. En este cuento van y vienen, como en ningún otro, referencias geográficas y culturales, entre ficticias y ciertas, que traídas al vuelo llevan el relato hasta el portal de Belén y el parto tan anunciado. Por el camino vamos viendo sin embargo a dos esposos en pugna que en sus viajes redibujan los espacios. En el cerro del Corcovado de Río de Janeiro, por ejemplo, no está el Cristo Redentor,</p>	<p>sino una estatua de Dionisios. Por supuesto. El pequeño hijo de Dios ni siquiera está en proyecto. A manera de ucronía, el relato resulta de nuevo cercano al ejercicio del taller literario, no por nada Pilar Quintana ha hecho parte de estos en su proceso de formación como escritora e incluso en su ejercicio como libretista.</p> <p>El otro cuento de esta edición aumentada, y que cierra el libro de Penguin Random House, nos habla desde las sombras en la voz de alguien que, desde la primera línea, se confiesa muerto. Narración en primera persona que fluye como un sueño lleno de fantasmas, esta se va relatando en la voz de una mujer que cree estar entrevistándose con los suyos. Sopla al oído de un antiguo amante en una escena en blanco y negro, lo acompaña mientras se ducha, cuando duerme, mientras trabaja en su escritorio. Va y viene bocarriba por la sala del quirófano, por la sala de urgencias, la unidad de cuidados intensivos, el pavimento de la ciudad, el cielo abierto en una noche estrellada tras un accidente de avión: “Antes de eso pude morir en otras ocasiones, pues tuve, en este orden, malaria, un marido maltratador, un aborto retenido, un infarto, una cesárea de emergencia y una apendicitis de cinco días que por poco se convierte en peritonitis” (p. 85). Al final, el relato regresa a la cosa psicoanalítica de las pulsiones: justo cuando este hombre, Hache, hace el amor a su compañera, el fantasma que les vigila descubre en ese acto lúbrico la propia naturaleza de su muerte. Algo muy parecido a la eternidad.</p> <p style="text-align: center;">Carlos Andrés Almeyda Gómez</p>	